

## CUARTA PARTE

### HISTORIA MODERNA

#### CAPÍTULO PRIMERO

Conjuración de Querétaro. — El señor cura don Miguel Hidalgo y Costilla. — Pronunciamiento en Dolores. — Marcha para San Miguel. — Entrada de los independientes en Guanajuato y toma del castillo de Granaditas.

Cuando las ideas llegan á formarse en un pueblo, y están de acuerdo con el derecho y el progreso, jamás pueden destruirse; así es que la revolución sofocada en Valladolid se hizo de nuevos prosélitos en San Miguel el Grande y en Querétaro, donde se formalizó una junta de patriotas.

El Sr. D. Ignacio Allende, que había nacido el 21 de enero de 1779 en la villa de San Miguel el Grande, siendo hijo del Sr. D. Domingo Narciso de Allende y de doña Mariana Uraga; capitán de dragones, que había estado en el acantonamiento de Jalapa, disgustado de la marcha política del país y amante de la independencia, fué el primero que procuró formar un círculo de partidarios, y á este fin, poniéndose de acuerdo con varias personas, organizó una junta en Querétaro, formada de los licenciados Parra, en cuya casa se celebraban las sesiones, Altamirano y Laso, del doctor Iturriaga, D. Juan Aldama, capitán del regimiento de la Reina, D. Joaquín Arias, capitán del de Celaya, Lanzagorta, D. Epigmenio y D. Emeterio González y algunas otras personas á quienes favorecía cautelosamente el Sr. Corregidor D. Miguel Domínguez.

Buscando aquellos patriotas una persona de prestigio para ponerla á su frente, se fijaron en el cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, que á sus buenas prendas personales reunía su carácter sacerdotal que pusiera la idea de independencia á cubierto de la acusación de herejía, que tanto podría influir en que no encontrara prosélitos.

El señor Hidalgo nació el día 8 de mayo de 1753 en el rancho de San Vicente en la banda oriental del río Turbio, cerca del rancho de Corralejo, jurisdicción en aquel tiempo de Pénjamo y hoy de Cuitzeo de Abasolo ó de los Naranjos, en el estado de Guanajuato<sup>1</sup>. Fué hijo primogénito del señor don Cristóbal Hidalgo y Costilla y de doña Ana María Gallaga Mandarte, quienes lo dedicaron al estudio de las letras en el colegio de San Nicolás de Valladolid donde manifestó grande aprovechamiento, recibiendo las sagradas órdenes en 1778 y llegando á ser poco más tarde rector del mismo colegio. Sirvió varios curatos, hasta que por muerte de su hermano don Joaquín se le dió el de la Congregación de los Dolores, en el que manifestó su celo por el bien público, así como su empeño y capacidad, estableciendo á sus expensas, una cría de gusanos de seda, que llegó á dar inmejorables resultados, y una fábrica de loza fina; formó una música é hizo grandes mejoras materiales.

En el año de 1809 hizo un viaje á Querétaro en donde se puso en contacto con los compañeros de Allende; pero los encontró tan escasos y con tan pocos elementos, que no quiso seguir mezclándose en aquel asunto; mas pronto lo convenció Allende, y entonces aun empezó á hacer acopio de algunas armas que en su misma casa se fabricaban.

Para los primeros días de diciembre pensaban hacer la revolución en la villa de San Juan de los Lagos durante la famosa feria que allí se celebra anualmente; pero don Mariano Galván y el capitán don Joaquín Arias faltando á sus compromisos y á su honor, delataron la conjuración el día 13 de septiembre ante el administrador de correos D. Joaquín Quintana y el alcalde D. Manuel Ochoa, haciéndose en la noche nueva denuncia por el español D. Eustaquio Bueras. Se asegura también que el doctor Iturriaga delató la conspiración en artículo de muerte. Inmediatamente el corregidor Domínguez, obligado por las circunstancias, salió á aprehender á los acusados, cerrando con llave la puerta de su casa para que su esposa la señora doña

Josefa Ortiz, que era muy adicta á la conjuración, no fuese á cometer una imprudencia.

En la casa de D. Epigmenio González, se hallaron muchos cartuchos, por lo que fué aprehendido en unión de su hermano don Emeterio, así como otros de los comprometidos<sup>1</sup>.

1. Alamán oculta con estudio todos los rasgos de nobleza de los insurgentes. No es cierto que don Epigmenio González hubiera llegado á disfrutar de la pensión que le decretó el Congreso de Querétaro. González estuvo preso en Manila hasta el año de 1836 que reconoció España nuestra independencia. Allá supo en su prisión « la feliz noticia, dice él, que llevó un buque español llamado también *el Feliz*, de haber hecho lumbide la independencia de México ». Después de 26 años de prisión, volvió don Epigmenio á San Blas, gracias á la caridad de un español que le trajo en su buque. Aquí estaba en Guadalajara recientemente llegado, sin pedir ni solicitar del gobierno ninguna remuneración, cuando se rebeló Paredes contra Bustamante el año de 1842, y quedó en el gobierno de Jalisco como gobernador don José Joaquín Castañeda, y entonces por recomendación de algunos jaliscienses, colocó Castañeda á González en un empleo de la Casa de Moneda con el sueldo de 50 pesos. Cuando fué preso y deportado, se le embargaron sus bienes y con ellos una casita en Querétaro : jamás reclamó su devolución. Á Allende dió González mil pesos, para los gastos preparatorios de la insurrección, de los bienes que administraba como albacea de doña Carmen Covarrubias, quien destinó esos mil pesos para comprar alhajas y donarlas á la imagen de Jesús Nazareno de la iglesia de San Isidro de Querétaro; Allende completó con esa cantidad dos mil pesos que se repartieron por el capitán Arias al batallón de Celaya, habiendo el mismo Arias denunciado la conspiración. González á su vuelta de la deportación, reúne con las mayores economías de su sueldo, aquellos mil pesos y los remite al cura de Querétaro licenciado don José María Ochoa, el 28 de marzo de 1851. El licenciado don José María Barros, que refiere esto en su discurso del 16 de septiembre de 1851, vió los recibos correspondientes en poder de González. Éste vivía en Guadalajara cultivando una huertita por la orilla del Carmen; conservó siempre en las piernas las llagas de los grillos que le pusieron en la prisión; hablaba de Hidalgo, llamándole « el cura » como si estuviera presente; escribió unos apuntes sobre los primeros trabajos de la insurrección anteriores al descubrimiento de ella en Querétaro, y los dió á la Sociedad de la Esperanza; y murió de más de ochenta años, en agosto de 1858, como un filósofo, y su cuerpo no fué enterrado en el camposanto, sino en un apartado patio, de donde fué exhumado en 1889 y colocado en sepulcro digno, por orden del benemérito gobernador general don Ramón Corona. Don Epigmenio tenía una noble figura; su cabeza completamente cana, y su cuerpo algo encorvado por los años. El apreciable historiador Zamacois incurre en el error de decir que se le dió una pensión de cien pesos y un grado militar.

Entre tanto la señora Ortiz de Dominguez llamó por medio de una señal convenida de tres golpes en el suelo al alcaide don Ignacio Pérez que vivía en los bajos de su habitación y era adicto á la independencia y lo envió precipitadamente á San Miguel á darle aviso á Allende de que la conjuración estaba descubierta y que no tardarian en ponerlo preso.

Al mismo tiempo que esto pasaba en Querétaro, en Guanajuato el tambor mayor del regimiento provincial, Ignacio Garrido, que se había comprometido con Hidalgo y aun había recibido dinero para seducir á la tropa, denunció también el plan al intendente don Juan Antonio Riaño, quien comisionó al español don Francisco Iriarte que vivía en la hacienda de la Tlachiquera, cerca de Dolores, para que aprehendiera al párroco.

Hidalgo sospechó algo y mandó llamar á Allende, que llegó el 14 por la tarde sin saber nada, de suerte que en la mayor incertidumbre pasaron esa noche y todo el día 15, hasta que á las dos de la memorable mañana del 16 de septiembre de 1810, llegó don Juan Aldama acompañado del alcaide Pérez llevando la noticia que le remitía la Corregidora de Querétaro.

En la casa todos estaban dormidos, pero habiendo hablado Aldama con Allende, fueron los dos á la pieza del señor cura, quien al oír la segura noticia, se incorporó en la cama y se levantó al punto. « Caballeros, somos perdidos, dijo, no hay más recurso que ir á coger gachupines. » Y en el acto hizo llamar á su hermano don Mariano, á don José Santos Villa y con el cochero á varios de sus sirvientes, presentándose instantes después ocho personas; con éstas se llamó á otras, así es que bien pronto se hallaban allí los vecinos don Juan Quintana, don Francisco Moctezuma, don Nicolás y don Miguel Avilez, don Juan, don Tiburcio y don Antonio Gámez, los alfareros Pedro José Sotelo, Francisco Barreto, Juan de Anaya, Ignacio Sotelo, Isidoro Cerna, José María Perales, Atilano Guerra, Manuel Morales, José María Pichin y Jesús Galván, y los sederos Antonio Hurtado de Mendoza, Pantaleón de Anaya, Brigido González y Vicente Castañón.

Inmediatamente marcharon todos á la cárcel, y poniéndole Hidalgo una pistola en el pecho al alcaide lo obligó á que le entregara á los presos, lo que no traía deshonra á la causa, porque no había grandes criminales, sino reos de faltas de policía ó de delitos leves, pues los

grandes delincuentes nunca se tienen presos en los pequeños pueblos. De allí fueron al cuartel donde estaba un piquete de soldados del regimiento de Allende, que inmediatamente se le incorporaron, y luego aprehendieron al subdelegado Rincón y á diez y siete españoles.

Por ser domingo se llamó á misa, de manera que muchos que á oír la veman de los alrededores se filieron en las nuevas huestes, que llegaron á contar en esa mañana trescientos hombres armados con sables los unos, con lanzas otros y con hondas y palos los más.

El venerable cura de Dolores « estaba persuadido de que la independencia sería útil al reino » y quería « establecer un congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo », según sus propias palabras.

Por lo mismo es absolutamente falso que no tuviera ideas políticas ni plan alguno; pues si no estaba desarrollado era porque la revolución estalló antes del tiempo prefijado, obligados sus autores por la necesidad.

Además, arrojar el guante al poder de los reyes, fuerte por trescientos años de ejercicio, por un respeto tradicional y una veneración sin límites así como por poderosos elementos materiales, era obra increíble de valor y de audacia, de suerte que era muy natural que esto fuera lo que más preocupara en aquellos momentos á los patriotas independientes.

El señor Hidalgo tenía la convicción de que « los autores de semejantes empresas no gozaban el fruto de ellas », y ¡sin embargo de eso, de su muy buena posición social y de su avanzada edad, posponiéndolo todo al bien público se lanza á la revolución para dar una patria á sus conciudadanos!

Á las doce del día 16 salió Hidalgo para San Miguel, adonde llegó en la noche, y al pasar en esa tarde por el pueblo de Atonilco, viéndolo en la sacristía un lienzo en que estaba pintada una imagen de la Virgen de Guadalupe, la tomó por bandera y la entregó á la muchedumbre al grito de *¡Viva la religión, Viva nuestra madre santísima de Guadalupe, Viva Fernando VII, Viva la América y muera el mal gobierno!* expresiones que fueron compendiadas por el pueblo para su grito de guerra, diciendo: *¡ Viva nuestra señora de Guadalupe; muéran los gachupines!*

En San Miguel se les incorporó todo el regimiento de la Reina y se hicieron de algunos recursos, aumentándose prodigiosamente aquella masa popular; allí también se declaró por jefe al señor Hidalgo y salieron el 18 con dirección á Celaya, cuya ciudad ocuparon el día 21, sin resistencia, siendo saqueada por el populacho. Allí fué nombrado Hidalgo por el ejército capitán general, y Allende teniente general, prosiguiendo su marcha á los pocos días para Guanajuato, intimando rendición al intendente Riaño desde la hacienda de Burras con fecha 28 de septiembre. Este funcionario español recibió la noticia de los sucesos acaecidos y de la aproximación de Hidalgo el día 17, y en la noche del 19 á las once, hizo tocar generala y prepararse á la defensa porque corrió la noticia de que se aproximaban los independientes: el pueblo acudió entusiasta, pero bien pronto empezó á desanimarse y mostrarse partidario de la insurrección, por lo que el intendente á fin de reanimar el espíritu, hizo publicar el día 21 un bando aboliendo el pago del tributo.

Medidas semejantes son muy impropias en esos momentos, pues lejos de producir el apetecido resultado, sólo revelan debilidad y desconfianza, de suerte que no es de extrañar que no correspondiera aquella medida á las esperanzas que de ella se tenían.

Viendo pues que la multitud del pueblo no les inspiraba confianza, acordaron los españoles defenderse en la alhóndiga de Granaditas, por lo que el 24 en la noche se trasladaron á ella la tropa y los vecinos armados, guardando allí todos los caudales que ascendieron á tres millones de pesos.

El día 28 de septiembre á las once de la mañana se presentaron los parlamentarios Abasolo y Camargo á intimar rendición, y no habiendo accedido el intendente, á la una de la tarde se presentaron las tropas independientes, comenzando luego el combate en las trincheras que desde las calles defendían al castillo. Pronto tuvieron los defensores que replegarse al edificio de la alhóndiga, en donde cayó tal lluvia de piedras lanzadas con las hondas, que no hubo quien pudiera permanecer en la azotea; murió luego Riaño peleando con un valor extraordinario, y con tal suceso se introdujo un desorden tan completo que ya no hubo quien mandara ni obedeciera.

La muchedumbre se precipitó sobre la puerta: un muchacho llamado *Pipila* arrastrándose con una losa encima llegó hasta ponerle fuego á la puerta con lo que se aumentó la consternación de los

españoles y momentos después entraba por todas partes una muchedumbre desbordada. La plebe de Guanajuato que esperaba ansiosa la oportunidad para robar, entró á saco el castillo y muchas tiendas y casas particulares cometiendo mil desórdenes.

Al día siguiente publicó Hidalgo un bando muy severo; restableció el Ayuntamiento; estableció una fundición de cañones y una casa de moneda y procuró hacerse de armas y de recursos.

## CAPÍTULO II

Medidas que se tomaron contra la insurrección. — Contestación de Hidalgo á las censuras eclesiásticas. — Ocupación de Valladolid. — Su marcha sobre México. — Batalla y triunfo del Monte de las Cruces. — Derrota de Aculco. — Triunfa Torres en Zacoalco y ocupa á Guadalajara. — Establece en esta ciudad Hidalgo su gobierno. — Toma de Guanajuato por Calleja. — Horribles asesinatos y fusilamientos. — Batalla de Calderón. — Se dirigen á los Estados Unidos los caudillos insurgentes. — Deponen á Hidalgo en el mando militar y lo confieren á Allende. — Traición de Elizondo. — Son hechos prisioneros y fusilados.

Entre tanto el partido español se había llenado de temor y echaba mano para defenderse de todo género de armas. El ejército del virreinato se componía ordinariamente de 9,919 hombres de tropas veteranas y 22,277 de milicias provinciales y urbanas. Venegas dió órdenes inmediatamente al brigadier don Félix Maria Calleja del Rey que estaba en San Luis Potosí, para que reuniendo todas sus tropas marchara en persecución de los insurrectos, mientras que en México formaba violentamente nuevas tropas y se situaba en Querétaro con un cuerpo de ejército el coronel don Manuel de Flon, conde de la Cadena é intendente de la provincia de Puebla. El Virrey publicó también un bando en 27 de septiembre ofreciendo la suma de diez mil pesos por cada una de las cabezas de Hidalgo, Allende y Aldama, sin comprender que jamás será lícito á nadie valerse del crimen y estimularlo para conseguir un fin cualquiera.

Á la vez el Sr. D. Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacan, publicó un edicto el 24 de septiembre, excomulgando nominal-

mente al señor Hidalgo y amenazando con igual pena *ipso facto incurrenda* á todos los que lo siguieran. Tanto por la forma irregular de la excomunión, como por no estar consagrado Abad y Queipo, se suscitaron dudas acerca de su validez, por lo cual el señor arzobispo de México D. Francisco Lizana lanzó otro edicto con fecha 11 de octubre, no sólo sosteniendo lo hecho, sino ampliando la excomunión á los que dudasen de la validez del edicto del obispo de Valladolid. Entonces el señor don Manuel Ignacio González del Campillo, obispo de Puebla, extendió la pena á los que escribiesen en favor de la independencia; el señor don Antonio Bergoza y Jordán, obispo de Oaxaca, promulgó otro edicto más duro y lleno de absurdos, y el señor don Juan Cruz Ruiz de Cabañas en 24 de octubre adoptó las mismas censuras « contra cuantos han admitido ó admitieren, aconsejado ó aconsejaren, aprobado ó aprobaren, auxiliado ó auxiliaren, promovido ó promovieren, recibido ó recibieren la correspondencia, sedición y seducción de esos protervos; contra el cura Hidalgo, sus aliados Allende, Aldama y Abasolo, sus compañeros y secuaces y cuantos de cualquiera suerte voluntariamente aprueben, auxilien ó favorezcan sus proclamas, planes, opiniones y designios ». La inquisición por su parte hizo lo mismo por su edicto de 13 de octubre; tomando de este modo el alto clero un indebido participio en las cuestiones políticas que sólo sirvió para desprestigiarlo.

El señor Hidalgo contestó á tan injustas censuras en un manifiesto en el cual decía: « Abrid los ojos, americanos; no os dejéis seducir de nuestros enemigos... ¿Creéis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo á decir... no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctima de su insaciable codicia. » ¡ Y el pueblo con la conciencia de su derecho cerró los oídos á las amenazas injustas y siguió la bandera de la independencia!

De Guanajuato salió el 10 de octubre Hidalgo para Valladolid, adonde llegó el día 17 sin que se le hiciera la menor resistencia contando ya con una chusma de cerca de veinte mil hombres, habiéndose incorporado el regimiento de Pátzcuaro y el de infantería de Valladolid. Como de allí habian partido las primeras censuras

eclesiásticas contra los independientes, lo primero que hizo Hidalgo después de llegado fué procurar que se levantara la excomunión como en efecto se la levantó el señor gobernador de la mitra arcediano don Mariano Escandón, Conde de Sierra Gorda. Logrado su deseo, hizo publicar luego con fecha 19 de octubre al intendente don José María Anzorena un decreto aboliendo la esclavitud y el pago del tributo, odioso impuesto que pesaba únicamente sobre la clase indígena. Este solo decreto bastaría para inmortalizar el nombre del cura de Dolores y para legitimar la revolución.

Después de esto y de haber tomado del Cabildo cuatrocientos mil pesos, emprendió su marcha sobre México con aquella numerosísima chusma, que sin ninguna organización ni disciplina, sin armas ni jefes, era más bien un elemento de desorden que podría poner en peligro en todas partes el triunfo de la causa que defendía.

Grandísimo fué el espanto que reinó en la capital cuando se supo la aproximación de los insurgentes; Venegas reiteró sus órdenes á Calleja para que corriera en su auxilio y entre tanto mandó á contenerlos un escogido cuerpo de tropas de poco más de tres mil hombres de las tres armas á las órdenes del brigadier don Torcuato Trujillo, que iba retrocediendo según iba avanzando Hidalgo, hasta fortificarse en el Monte de las Cruces á seis leguas de México.

El 30 de octubre se avistaron ambos ejércitos, y habiendo mandado Hidalgo un parlamentario, se le hizo fuego violando así las leyes de la guerra. En esta vez el general Allende fué encargado del mando del ejército, quien eliminó del combate á toda la chusma, por creer que sólo serviría de blanco al enemigo y para introducir el desorden y confusión de las filas; pero quejosos de aquel pretendido desaire ocurrieron al cura que por no disgustarlos les dió parte en la batalla que empezó á las once del día. La artillería realista hacia estragos horribles en las filas insurgentes y después de una reñida batalla empezaban ya á desordenarse, cuando el arrojado de los pocos soldados de Allende, sobreponiéndose á la superioridad de las armas, venció completamente á los realistas.

Después de este triunfo tan completo pudo Hidalgo apoderarse de México, pero permaneció acampado en el Monte hasta el 2 de noviembre que emprendió su retirada para Querétaro, sin que se sepa cuál fué la causa de tan impolítica contramarcha; pues aun-

que él mismo la explica en una circular dada en Celaya el 13 de noviembre, por la falta de pólvora y municiones, que se le habían agotado en el combate de las Cruces, no parece fundada para desperdiciar semejante oportunidad: quizá más bien se desalentó por las muchas pérdidas que sufrió en la batalla creyendo además que la ciudad contaba con elementos muy superiores á los que en realidad tenía<sup>1</sup>.

Á su vuelta para Querétaro se encontró con el brigadier Calleja que iba en socorro de México, y el 7 de noviembre se trabó nuevo combate en San Jerónimo Aculco, quedando enteramente derrotado el ejército insurgente que perdió los cañones que le había quitado á Trujillo y otros doce, con todo el parque y muchas armas.

De allí siguió Allende para Guanajuato é Hidalgo por Celaya cortó para Valladolid adonde llegó con poca gente.

Pero la revolución había ya cundido por todas partes. Don José Antonio Torres que había tomado las armas desde los sucesos de Guanajuato había hecho la guerra en el sur de la Nueva Galicia, cuya provincia gobernada por el presidente don Roque Abarca se había puesto sobre las armas, de suerte que cuando aquel jefe insurgente se aproximó á Zacoalco, salió de Guadalajara el día 1.º de noviembre á perseguirlo un cuerpo de tropas mandado por el teniente coronel don Tomás Ignacio Villaseñor, mayorazgo de Huojotlán (tío del autor) y compuesto de dos compañías de jóvenes voluntarios, tres de Tepic, los regimientos de la Corona y Nueva Galicia con las tropas milicianas de Colotlán y de Colima. El domingo 4 de noviembre se dió la batalla en las playas de Zacoalco, habiendo sido derrotado y prisionero el jefe realista, con lo que se desmoralizaron tanto en Guadalajara que la abandonaron el Obispo y los oidores, saliendo para San Blas, por lo que entró en ella el señor Torres con el mayor orden el día 11 avisando luego á Hidalgo y á Allende é invitándolos á venir á ella.

1. En la segunda guerra púnica Anibal, después de atravesar los Pirineos y los Alpes y haber derrotado á Publio Escipión en el Tesino, á Sempronio en Trebia, á Flamínio en el Trasimeno y á Varrón en Cannes, se retiró á Capua, donde aunque no permaneció inactivo, perdió la oportunidad de haberse apoderado de Roma y vencer á la República, por lo que Maharbal le dijo aquellas célebres palabras: « Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria ».

Antes de salir de Valladolid fueron asesinados cuarenta y un españoles en la barranca de las Bateas en la noche del 13, y en la del 18 sufrieron igual suerte, en el cerro del Molcajete, otros diez y ocho; estas matanzas de españoles inocentes é inermes son un borrón en la memoria del padre de la independencia mexicana.

Inmenso influjo ejerció en la revolución el triunfo del modesto Torres y la toma de Guadalajara, pues así se pudieron remediar las pérdidas de Aculco y hacerse de cuantiosos elementos.

El día 26 hizo Hidalgo su entrada en la capital de la Nueva Galicia, ocupándose luego en organizar su gobierno, estableciendo dos ministerios, uno llamado de *Gracia y Justicia*, á cargo del licenciado don José María Chico, y el otro *Secretaría de Estado y del despacho*, servido por el licenciado don Ignacio López Rayón. El 6 de diciembre de 1810 promulgó un decreto aboliendo en todo el país la esclavitud bajo severísimas penas y suprimiendo el tributo, como se había hecho en Valladolid, manifestando con eso sus buenos sentimientos y su amor á la libertad del hombre; comisionó á don Pascasio Ruiz de Letona para que fuera á Estados Unidos á procurar auxilios y elementos de guerra y trató de organizar su gobierno, de generalizar la insurrección y de disciplinar las masas.

Allende se había quedado en Guanajuato, en cuya ciudad se hizo fuerte contra Calleja que se presentó á atacarlo; pero además de que un ejército no se improvisa y carecía de cañones y elementos de guerra, el alférez real don Fernando Pérez de Marañón mantenía secretas comunicaciones con el enemigo á quien reveló la situación y el número de defensores con todo lo que más le convenia saber.

El día 25 de noviembre se presentó el jefe realista frente á la plaza, y habiendo dado un asalto el conde de la Cadena, se hizo dueño de los puntos fortificados después de sostener un reñido asalto en el que por ambas partes se peleó con valor.

En la tarde quedó abandonada la ciudad y mientras entraban los realistas, el populacho indignado por los destrozos que había hecho Calleja, trató de tomar venganza, á cuyo efecto forzando las puertas de la alhóndiga donde estaban presos doscientos cuarenta y nueve españoles, asesinó á ciento treinta y ocho de la manera más vil y cobarde.

Al siguiente día irritado Calleja por tan atroz crimen, al entrar en la ciudad hizo tocar á degüello, asesinando de esta suerte á todos

los que encontraban desde Valenciana hasta el barrio de San Roque en que por instancias del religioso dieguino fray José María de Belauzaran, que años más tarde fué obispo de Nuevo León, se suspendió tan inicuo procedimiento. De esta suerte un crimen se queria castigar con otro crimen y la infeliz población era victima de los furoros de ambos combatientes!

Muchas personas pacíficas que habían salido de sus casas á presenciar la entrada del ejército fueron victimas inocentes de aquella orden sanguinaria, mas no se detuvo allí el furor de los realistas: aprehendidos innumerables paisanos de la plebe á quienes se supuso autores de los asesinatos de Granaditas, el lunes 26 fueron diezmados doscientos hombres fusilándose además á don Francisco Gómez, que había fungido de intendente, á don Rafael Dávalos, director de la fundición de cañones, á don José Ordóñez, don Mariano Ricochea, don Rafael Venegas y otros, que habrían podido huir, pero que confiados en un bando de indulto que Calleja hizo publicar la víspera de su entrada, se quedaron en la ciudad. El día 27 volvieron á diezmarse los ciento ochenta que habían quedado de los presos, fusilando después á don Casimiro Chovel, insigne matematico, y á otros muchos acusados de haber pertenecido á los insurgentes; asesinatos que hicieron con justicia aborrecible la memoria de los sanguinarios jefes Calleja y Flon.

Allende partió para Zacatecas, cuya plaza había ocupado por capitulación en fines de octubre el insurgente don Rafael Iriarte que por ser un verdadero facineroso había usado diversos nombres llamándose antes Martínez y Laitón; pero llamado por Hidalgo á Guadalajara, llegó á esa ciudad el 12 de diciembre. Al día siguiente dispuso Hidalgo fueran asesinados los españoles que tenía presos en los edificios que hoy ocupan el Liceo de Varones y la Escuela de Medicina; al efecto en diversas partidas de veinte á treinta fueron sacados á las barrancas de Belén y al cerro de San Martín y degollados por el verdugo Agustín Marroquin, pereciendo así cosa de doscientos. Sin tener este crimen excusa alguna, habría manchado á la revolución si hubiera entrado en sus planes; pero semejantes asesinatos no fueron acordados por los jefes ni entraron para nada en los planes de independencia, y por eso el cura Hidalgo en sus declaraciones se confiesa único responsable de ellos, sin inculpar á nadie reconociendo su inocencia y manifestando que sólo por una débil y

punible condescendencia con la muchedumbre se prestó á ese crimen; de este modo, el referido suceso viene á ser uno de tantos accidentes criminales de toda revolución. Victoriosos los realistas en Guanajuato, acordaron marchar contra Hidalgo para combatir el grupo principal de la insurrección, y al efecto dispuso el Virrey que Calleja con el ejército del centro, Cordero con el del Norte y el brigadier don José de la Cruz con dos mil hombres que sacaría de Valladolid cuya ciudad había ocupado desde el 28 de diciembre, marcharan unidos sobre Guadalajara.

Cuando los insurgentes se apercebieron del movimiento de su enemigo, trataron en consejo de guerra su plan de campaña: Hidalgo propuso salir al puente grande á encontrarlo, á lo que se opuso Allende por tener poca confianza de sus numerosas é indisciplinadas chusmas en un combate campal; pero habiendo prevalecido la opinión del Generalísimo, salieron de Guadalajara á las doce del día 14 de enero de 1811, llegando al puente de Calderón que dista doce leguas, el día 16.

Del grueso de los 30,000 hombres que aproximadamente formaban el ejército de Hidalgo, se ocupó Abasolo en organizar algunas tropas, logrando apenas formar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, todo con 3,400 hombres armados únicamente con mil doscientos fusiles, de los que muchos eran recompuestos y casi inservibles y sin otros oficiales instruidos que los pocos de los regimientos de la Reina y de Celaya. El resto era una chusma casi bárbara, semidesnuda y sin más armas que algunos instrumentos de labranza como garrochas, ó garrotes, hondas, pequeños machetes de fierro enmohecido, arcsos y flechas. No tenían banderas reconocidas, sino que cada grupo formaba las suyas de diversas formas y colores, á cuyo alrededor se reunían y marchaban en confusión siguiendo sus tambores ó bien las chirimías que se habían trocado en bélicas trompas, siendo que antes sólo servían para anunciar en sus pueblos las fiestas religiosas. No estaban mejor equipados ni disciplinados los soldados de caballería, pues los oficiales con su calzonera de cuero abierta hasta la rodilla, los soldados en calzón blanco remangado, en mangas de camisa y sin zapatos, iban armados con algunos sables, lanzas, y la mayor parte sólo con lazos. Tampoco se hallaba más bien preparada la artillería, que, aunque formada por 9½ caño-

nes, de los cuales 44 eran de calibre de 3/4 á 12 de los que había mandado el cura Mercado del real apostadero de San Blas, y los otros con calibre de 2 á 24 eran en su mayor parte de madera con cinchos de fierro, y á pesar de que en ellos cifraban su esperanza de triunfo los insurgentes, no prestaban grandes garantías, pues de los 9½ unos cuantos tenían cureñas, hallándose los demás montados en carretas y en carros, que necesariamente hacían imposible la pantería<sup>1</sup>.

El ejército realista no pudo incorporarse como estaba acordado,

1. Mucho se ha ponderado el número del ejército independiente que libró la batalla de Calderón, fijándolo en cien mil los señores Orozco y Berra y Alamán y en noventa y tres mil el doctor Mora, don Julio Zárate y otros historiadores á quienes no puede tacharse de enemigos de esa causa para suponer que al aumentar el número lo hacían para darle mayor importancia al triunfo. Calleja y los citados escritores aseguran que sólo la caballería de Hidalgo se componía de 20,000 soldados, mas no obstante el respeto que se merecen autoridades tan competentes, no puedo menos de disentir de su opinión, fijando un número excesivamente menor.

Está publicado en la inapreciable *Colección de Documentos para la historia de la guerra de Independencia* del señor D. Juan Hernández y Dávalos, una noticia que dió Guadalupe Marin del estado en que se encontraba Guadalajara, en principios de enero de 1811 (tom. II, pág. 230), la cual por provenir de un testigo presencial examinado en aquellos mismos días, merece bastante crédito y en ella afirma que «procuró saber el número de la gente de á caballo con lanzas, y en opiniones sacó por consecuencia de 5 á 6 mil hombres poco más ó menos, y de á pie como 30,000, pero éstos se componen de lanceros, garroteros, honderos, inclusivos 6,000 flecheros». Asegura que el domingo 30 de diciembre en la tarde, pasó Hidalgo en el llano de San Pedro una especie de revista que presenció el testigo, por lo cual tuvo ocasión de ver las tropas y poder calcular su número siquiera fuese aproximadamente, siendo de advertir que cualquier error tendría que ser aumentando el número y no disminuyéndolo, pues es notorio que se calcula siempre de más, cuando se trata de contar una muchedumbre. Esa declaración que está confirmada por lo que hace á la artillería insurgente por todas las relaciones de aquella jornada, pues dice que en palacio había 100 cañones, como en efecto los había, lo que es un dato más, para tenerla por verídica, me ha sido corroborada por las noticias que he podido recoger de personas que se encontraron en esta ciudad, por aquellos días, por todo lo cual no vacilo en adoptarla como cierta, con tanta más razón cuanto que esas otras cifras 93 ó 100,000 guerreros, no resisten el crisol de la crítica. En efecto, la ciudad actual de Guadalajara ha aumentado casi el doble de la extensión y de la

porque á Cordero se le desbandaron sus tropas y Cruz fué detenido en el puerto de Urepetiro cerca de Zamora por el insurgente D. Ruperto Mier, que con dos mil hombres de los que sólo ochenta llevaban fusiles y con veintinueve cañones, le presentó batalla el día 14 de enero, habiendo quedado completamente derrotado.

Calleja, ansioso de obtener él solo el triunfo, atacó el puente de Calderón el 17 de enero con los regimientos de la Corona, de la Columna, ligero de San Luis y escopeteros de Sierra Gorda en número de cerca de siete mil hombres con diez piezas de artillería.

Reñidísimo fué el combate peleándose por ambas partes con esforzado valor; pero aquella inmensa muchedumbre que presentaba un blanco seguro á los tiros realistas no tardó en desbandarse, así como porque una granada incendió los carros del parque, cuyo incendio se comunicó al sacate que cubría el suelo del que un humo espeso impelido por el viento azotaba en la cara las huestes inde-

población que tenía en 1810, y han quedado para cuarteles espaciosos edificios que entonces estaban ocupados por los conventos de San Juan de Dios, San Francisco, Santa Maria de Gracia, Capuchinas, Jesús Maria y el Carmen, á pesar de todo lo cual, hoy no sería posible alojar á 100,000 soldados, mayormente si entre ellos se contasen 20,000 de caballería. Si á esta consideración se agrega la dificultad de conseguir forrajes para 20,000 caballos y víveres para 100,000 hombres cuando la población apenas llegaba á 45,000 habitantes, se tendrá como un hecho que no llegó á contarse tan numeroso ejército.

Hay que considerar por último que, como dice muy bien el padre Mier en la historia que escribió bajo el seudónimo de José de Guerra, « se ha demostrado por una exacta estadística de las provincias que al principio abrazaron la insurrección, que eran imposibles los millares que soñaron en el Monte de las Cruces, Aculco, Guanajuato y Calderón » y para justificar su aserto tuvo la paciencia de examinar los partes oficiales de las acciones de guerra, resultando según ellos, que en sólo 50 *Gacetas* de México, de las 150 que se publicaron en los años de 1811 y 1812 se registran 25,344 *insurgentes muertos* en el campo de batalla, sin contar por supuesto aquellos cuyo número no se especifica en muchos partes en que, no obstante, se refieren *horribles carnicerías, mortandades asombrosas, campos sembrados de cadáveres* y batallas en que *no se dió cuartel*; 3,556 prisioneros, 607 que expresamente afirman fueron pasados por las armas y 207 cañones que les fueron quitados. Se comprende ante semejantes datos, la poca fe que merecen todas las cifras citadas por aquellos combatientes, que á porfía las exageraban por una y otra parte, ora por hacer alarde de fuerza y popularidad, los unos, ora para enaltecer los otros, la importancia de sus victorias.

pendientes, que combatidas á la vez por los certeros tiros de la artillería realista, se declararon en completa derrota.

Numerosas pérdidas tuvo el ejército insurgente, contándose entre las del realista, la muerte de Flon, Conde de la Cadena y segundo en jefe de Calleja, que murió en el alcance al que lo llevaba su valor así como su crueldad y sed de sangre.

Después de triunfo tan importante, Calleja ocupó á Guadalajara el día 21 en cuyo mismo día llegó por la tarde el general Cruz, que salió el 26 con mil hombres y cuatro cañones para Tepic á batir al cura D. José Maria Mercado que se habia hecho dueño de aquella ciudad y de San Blas, habiendo batido en ligera escaramuza cerca de Taray á los restos de Zea, con lo que se hizo una contrarrevolución en el puerto que hizo perecer desbarrancado al cura Mercado, con lo que quedó pacificada aquella región de Nueva Galicia. Cruz volvió luego á Guadalajara entrando el 20 de febrero como presidente de la Audiencia y comandante general, cargos que desempeñó hasta que se consumó la independencia.

Acaecido el desastre de Calderón, Hidalgo con poca gente partió para Aguascalientes donde se le incorporó Iriarte, siguiéndolo de cerca hasta unirsele en la hacienda de Pabellón Allende, Aldama y Abasolo; pero disgustados aquellos jefes de la poca aptitud militar del señor Hidalgo, le hicieron renunciar el mando militar en Allende, dejándole sólo el político. Si esto se hubiera hecho desde que tuvo lugar el movimiento de Dolores, tal vez se habria pronto consumado la empresa sin los desórdenes que se verificaron, pues el patriota párroco no tenia los talentos militares ni la energía y actividad que su compañero.

De Zacatecas siguió el pequeño grupo para el Saltillo con objeto de pasar á los Estados Unidos á adquirir elementos, y en el camino supieron que el general D. Mariano Jiménez, valiente insurgente que prestó importantes servicios y jamás se mezcló en los desórdenes, que antes de la batalla de Calderón habia partido para el Norte, habia derrotado en el puerto del Carnero al teniente coronel realista D. Manuel Ochoa el 20 de enero, lo mismo que á D. Antonio Cordero pocos días después. En el Saltillo se les presentó el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, que se habia pasado á las filas insurgentes, pidiendo ser ascendido á coronel: mas queriendo Allende organizar el ejército le negó el ascenso, por lo que quedó irritado y



ansioso de venganza. Á los pocos días se encontró casualmente con el obispo de Monterrey D. Primo Feliciano Marin que iba á fugarse huyendo de los independientes y habiéndole manifestado su resentimiento, el Obispo lo indujo para que abandonase sus banderas y volviese á la obediencia del gobierno; naciendo de aquella entrevista el traidor é infame proyecto de apoderarse de los caudillos de la revolución.

Éstos, después de haberse negado á indultarse, como se lo ofreció el general Cruz en oficio de 28 de febrero, al que contestaron negativamente, porque decían, « el indulto es para los criminales y no para los defensores de la patria », dando así pruebas de su patriotismo en circunstancias tan difíciles, iban para Monclova, cuando el 21 de marzo de 1811, fueron alevosamente aprehendidos por Elizondo en Acatita de Baján. Conducidos primero á Monclova y luego á Chihuahua, fueron procesados militarmente, y sin oírlos en defensa, sin nombrarles defensor ni hacerles cargos, fueron condenados á muerte. El cura Hidalgo después de haber sido degradado de su carácter sacerdotal, fué de esta suerte fusilado el día 30 de julio de 1811 á las siete de la mañana en su misma prisión<sup>1</sup>; Allende,

1. Existe gran desacuerdo entre los escritores y aun entre documentos oficiales respecto al día en que fué fusilado el benemérito cura Hidalgo; pues según un bando de la Junta de seguridad de Guadalajara (*Colec. de doc. para la historia de la guerra de independencia*, tomo I, págs. 75 y 76) fué el 27 de julio, cuya fecha adopta W. D. Robinson (*Memor. de la rev. de México*, pág. 22). Según D. M. Arroniz (*Man. de historia de México*, pág. 179) fué el 29 de julio; el 30 según Zerecero (*Memor. para la historia de las rev.* pág. 303), Rivera Cambas (*Gobers. de México*, tom. II, pág. 21) y Riva Palacio (*El Libro Rojo*, pág. 92) lo mismo que según un certificado del teniente coronel D. Manuel Salcedo expedido en Chihuahua el mismo día 30 de julio, con objeto de hacer constar el hecho, y según la ley general de 18 de abril de 1873 que mandó que en ese día se izara en todos los edificios públicos el pabellón nacional á media asta. Según los señores Mora (*México y sus revoluciones*, tom. IV, pág. 153) y Alvarez (*Est. sobre la historia de México*, tomo IV pág. 143) fué el 31 de julio, y el 1.º de agosto según Alamán (*Historia de México*, tom. II, pág. 194 y 203), Bustamante (*Cuadro histórico*, tom. I, pág. 219), Zamacois (*Historia de México*, tom. VII, págs. 349 y 350), Orozco y Berra (*Dic. de historia y geografía, verb. Hidalgo*) y Arrangoiz (*México desde 1808*, tom. I, pág. 127).

Me he decidido por el 30 de julio, porque el certificado de la ejecución extendido por Salcedo, es el documento más autorizado y fehaciente.

Aldama y Jiménez el día 26 del mismo mes, y en diferentes días más de treinta caudillos, entre ellos, Camargo, Lanzagorta, Santos Villa, Zapata, Chico y D. Mariano Hidalgo. Las cabezas de Hidalgo<sup>1</sup>, Allende y Aldama fueron llevadas á Guanajuato, y puestas en garfios de fierro en la alhóndiga de Granaditas con una infamante inscripción, permanecieron allí hasta el año de 1821<sup>2</sup>.

El señor Hidalgo « era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes y vivos; tenía la cabeza algo caída sobre el pecho, estaba bastante cano y calvo, pero vigoroso aunque no activo ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato común, pero animado cuando argumentaba á estilo de colegio; usaba capote de paño negro, sombrero redondo y bastón grande, y componian su vestido el calzón corto, chupa y chaqueta de un género que venia de la India y se llamaba rompecoche ». Su cuerpo fué sepultado en la Tercera Orden de San Francisco de Chihuahua hasta 1823 en que solemnemente se le enterró en la catedral de México.

1. Después de haber recibido la muerte el cura Hidalgo con extraordinario valor, su cuerpo destrozado por las balas fué tendido en una tabla y puesto en expectación pública; más tarde el general D. Nemesio Salcedo dijo á un tarahumar: « Corta la cabeza de ese reo ». Por lo que en su presencia y con un sable muy cortante de un solo tajo la separó del tronco; visto lo cual por aquel jefe le dió al bárbaro ejecutor veinticinco pesos de gala. Este hecho fué referido á mi padre por el testigo presencial Juan Vicente García, muerto en 1859 de ochenta y seis años de edad.